

¿Hacia un nuevo orden internacional?

Pero ¿no es un sueño hablar de eso? Hace bien poco aún la situación era enfocada desde una óptica desesperanzada: La brecha tecnológica entre los países desarrollados y el Tercer Mundo se agrandaba en progresión geométrica, irremisiblemente. El único puente lo constituirían las materias primas. Pero éstas serían cada vez más prescindibles: el proceso tecnológico podría comenzar a partir de cualquier cosa, cada vez todo sería más y más sintetizado. El crecimiento económico, el potencial bélico, la posesión de cuadros científicos y técnicos. . . todo condenaba al Tercer Mundo a la condición de humanidad de segunda clase.

Sin embargo, cada vez se van haciendo más evidentes las contradicciones del mundo desarrollado. Se habla de los límites del crecimiento. Se habla del posible próximo agotamiento de las fuentes planetarias de energía. Son evidentes el miedo, el desquiciamiento social, la falta de densidad humana de todo el aparato supraestructural del mundo desarrollado.

Por otra parte está el Tercer Mundo. Cada vez va tomando más conciencia de sí. Son patentes sus problemas y muy dolorosos, inaplazables. Son escasos los recursos humanos y materiales. Pero el Tercer Mundo ha vencido militarmente al mundo desarrollado: la independencia de África y del mundo árabe, China, Corea, Cuba, Vietnam. Y aun sus derrotas —Guatemala, Indonesia, Santo Domingo, Brasil o Chile— son repudiadas hasta por los mismos pueblos de los gobiernos imperialistas. Ya es insoslayable el hecho de unos pueblos que buscan ser desde sí mismos; que a tanteos, con errores, con dificultades, con mil zancadillas del mundo desarrollado afirman su destino inquebrantable de llegar a ser pueblos soberanos y fraternales.

Hoy ni el propio Occidente se traga la adecuación entre unificación mundial y occidentalización. Para algunos prepotentes desarrollados esto es el reconocimiento amargo de los límites de su voluntad de poder. Para no pocos sin embargo es el llamado a la empresa hermosa de construir un mundo más vasto, pluralista, desde otras bases —el diálogo, el respeto, la cooperación— y no

ya el desconocimiento y desprecio cultural, el avasallamiento político y la rapiña económica. Pero este nuevo orden no puede hacerse desde un sistema que concibe el bien común como el mágico resultado de la concurrencia de los egoísmos particulares. La confrontación petrolera lo ha puesto en evidencia. En el petróleo no eran sólo explotados los países productores sino también los pueblos de los países desarrollados. El petróleo era el botín corsario de unas pocas compañías privadas y una rica fuente de contribuciones para los Estados consumidores. Esta situación irracional está siendo reconsiderada.

Las negociaciones petroleras son hoy el principio del reconocimiento por parte del mundo desarrollado de la realidad del Tercer Mundo. Los sistemáticos intentos de sabotaje por parte de USA desde el inicio de las negociaciones son el índice de la ceguera prepotente del gobierno de los Estados Unidos. Su estrategia de cortos vuelos. Su miedo cerval a cualquier cambio pone al descubierto su debilidad. Todos los manejos de Kissinger han tendido a cambiar para no cambiar, a mantener en el Tercer Mundo gobiernos títeres, situaciones de clamorosa injusticia que permitieran el saqueo de las compañías multinacionales de USA, o a desestabilizar a gobiernos progresistas que demandaban dignidad y justicia.

Hoy por primera vez en la historia del mundo la humanidad se va ligando estructuralmente. No son ya contactos de viajeros. No son sólo enclaves económicos. Ni conquistas. Ni falsos protectorados. No son tampoco ayudas que encubren la explotación. Todo esto ha sido, y en gran parte es todavía. Desde la Edad Moderna el Occidente descubre al resto del mundo. Lo descubre como campo de expansión económica y política. Desde la segunda mitad de nuestro siglo el Occidente se va viendo obligado a admitir en la práctica que el chino, el vietnamita, el árabe, el negro africano o el meztizo latinoamericano son hombres como él. Como él, es decir semejantes. No iguales ni totalmente distintos. Y de ahí la posibilidad de un orden mundial basado no en la occidentalización ni en la yuxtaposición de grupos estancos sino basado en el diálogo, en el mutuo reconocimiento, en la cooperación.

¿NOSOTROS VAMOS A CAMBIAR EL MUNDO?

¿Qué exige a los países del Tercer Mundo este proyecto? ¿Qué le exige a nuestro país? ¿Qué le exige a nuestro gobierno que ha proclamado solemnemente Nosotros vamos a cambiar el mundo?

La condición necesaria es que sea un gobierno del pueblo.

Es sabido que el mundo desarrollado está representado en nuestros países, en nuestro país, por la burguesía. Por eso, con honrosas excepciones, nuestra burguesía no quiere ese orden nuevo. Como Kissinger, ella quiere que no cambie nada. Nuestra burguesía no participa del proyecto del Tercer Mundo en que se encuadra nuestro proyecto nacional. Nuestra burguesía conspira en nuestro país con lo más retrógrado del mundo desarrollado para desvirtuar cualquier proyecto nacionalista, para amedrantar al gobierno, para desarmar y corromper al pueblo.

Ese nuevo orden mundial es aún futuro. Y las fuerzas que usufructúan monopólicamente el presente están luchando porque no nazca. Este nuevo orden no será realidad hasta que los gobiernos no sean la expresión de un poder popular. Y ese no es hoy nuestro gobierno. El pueblo se hace en el trabajo, un trabajo con sentido nacional, un trabajo que da responsabilidades, un trabajo social en su origen, en su control y en su destino. Y ese no es el caso de Venezuela: El Estado delega gran parte de su capacidad de trabajo en una empresa privada de signo antinacional, que sólo persigue la maximalización de la ganancia, de signo antipopular, que se basa en una tecnología que relega a nuestros trabajadores a roles secundarios. Y sin embargo, el partido del gobierno se forjó gloriosamente organizando nuestra fuerza laboral.

Es cierto que necesitamos de urgencia tecnológica y técnicos. Pero aunque costosamente, esos técnicos se pueden traer y se pueden formar. Lo que no puede suplirse es la falta de un proyecto nacionalista. Nada se hará si nos dejamos dominar culturalmente, si nuestras aspiraciones son imitativas, consumísticas, pasivas. Porque a veces nos asalta la duda de si como sociedad no estaremos regresando a la fase oral del desarrollo cuyo sentido de realidad viene definido por el hecho de tragar, de consumir placenteramente. Si esto fuera cierto ¿qué sentido tendría hablar de que nosotros vamos a cambiar el mundo? Porque sin una participación popular, el petróleo que nos da capacidad de negociación a nivel internacional se convertirá a nivel nacional en fuente de descomposición social. Se está convirtiendo ya.